



GENERAL MARCELIANO VELEZ



OMO su aperativo lo indica, el hombre-boya es aquel individuo que, si queremos bueno y si no también, vive siempre a flote debido a su carácter, lo mismito que una boya en agua de la mar.

No importan, altas o bajas, las condiciones en que haya nacido y mamado su primera leche. Lo importante es que haya nacido para hombre-boya.

Supongamos que es en un pueblo donde se ha mecido su cuna. Recién llegado a eso que llamamos uso de razón, entra de acólito en la iglesia, donde, sin perjuicio de cometer demasías con el cepillo de las ánimas, se hace querer, obsequiar y recomendar mucho del párroco, por su devoción, viveza y acuciosidad. Lo matriculan después en la escuela pública, pero por las mañanas no concurre, porque tiene que acolytar. A medio día ya es diferente; asiste llevando en sus bolsillos níqueles, comiso, trompos, agujas, pólvora, taba y otros elementos de industria. A los demás chicos les *limpia* con artimaña sus comestibles y bienes en general, o se los compra pagándoles en tiza que hurta por mayor todos los días con la intención de bloquear al maestro. En cada clase compromete y soborna al más aprovechado para que le sople hábilmente, a fin de ganar el primer puesto. Saca por este y otros procedimientos muchas notas buenas; lo nombran celador, y especula en mucho secreto con las facultades que tiene para «apuntar». Los escolares le tienen miedo y admiración. A fin de año y hora de exámenes, él se enferma, pero como ha tenido tan buenas calificaciones, le mandan a su casa el certificado y alguno de los premios.

A poco, ya necesita de horizonte mejor que el parroquial. Este muchacho se está perdiendo aquí, se dice por las noches la señora mamá. El prefecto, el curita, el general del pueblo—en todos los pueblos hay algún general meritorio—solicitan una beca para el tipitín, certificando que fuera de lo muy inteligente es muy adicto «al actual orden de cosas».

Ya le tenemos en el colegio: arma tremolinas, encabeza manifestaciones, pronuncia anualmente un discurso para el rector en su onomástico, delata muy en sigilo cuanto cree que le puede aprovechar, aprende como agua el trozo de cada materia que sus favorecedores le hayan indicado secretamente para los exámenes, y en las sesiones solemnes deja boquiabierto al público, haciendo alguna explicación científica o recitando algunos serventesios que aluden violentamente a sucesos políticos o desagravian a algún alto personaje que está recibiendo pullas y palos de la prensa. De ahí al cartón de bachiller no hay más que un paso, y el cartón se deja venir.

¿Ahora por cuál ojo dé aguja pasará el flamante bachiller? Esto sería un problema si no existieran el derecho y las ciencias políticas. Ya lo tenemos cursando, pero él entiende que tales ciencias bebidas en libro no resultan. El quisiera llegar a las ciencias políticas pero por algo así como un sistema de atajos, es decir, por el camino de las artes políticas. . . . Sus audacias son apenas iguales a su incapacidad estudiantil, pero le dan un viso que otros no consiguen a fuerza de mérito. Adula a ciertos profesores, los visita, les habla mal de sus rivales, se hace presentar ante señores de alta posición, se da trazas de promover y encabezar adhesiones de la juventud, conquista a veces quien le farfulle un discursito y lo perora en vísperas eleccionarias. Ya es un mozo *en vue*, y aun se afirma de él, que diga lo que digan algunos envidiosos,